

## **Oswaldo Cava Arangoitia (Lima, 1957)**

Ante todo, muy buenas tardes miembros de la Comisión. Nuevamente, el saludo también para los asistentes a esta audiencia. El motivo de estar presente el día de hoy, es para dar a conocer cómo realmente nosotros, como familia, hemos tenido que afrontar y enfrentar algo que ocurrió, muy dramático, duro y triste, como fue el atentado de Tarata.

Tendría que hablar, en primer lugar, de mi hermano Pedro<sup>1</sup>, el hermano menor de los Cava, un muchacho de veintisiete años, exalumno marista, formado en la Universidad [Nacional Mayor] de San Marcos, con altos valores morales y espirituales. Un muchacho, muy querido, que tenía muchos proyectos en su vida. Es bien cierto cuando se dice que todas las personas que mueren son buenas, estoy convencido de que así es porque en general, el ser humano, por naturaleza, no puede ser malo.

Realmente tendríamos que buscar con los dedos de una mano para nombrar a las personas que realmente son malas. En el fondo de todo acto malo debe haber una causa. Muy pocos hacen la maldad por el simple hecho de haberlo. Creo que ni los animales matan por el gusto de matar. Es el caso de mi hermano, que era un joven con mucha proyección como les dije al inicio.

Tuvo el destino de estar presente en el momento y el lugar inoportuno. Hace diez años, justamente, el 16 de julio, no pudo evitar el destino que Dios le deparó. Nosotros, como familia, realmente, nos hemos sentido fuertes y unidos espiritualmente porque nos dimos cuenta de que realmente éramos una familia. Somos una familia unida y lo seguiremos siendo, tendremos muchos problemas seguramente, muchas veces faltará el dinero, u otras cosas que aparentemente son importantes. A pesar de que eran momentos difíciles y tristes, hemos podido darnos cuenta de que, por encima de todo, el tener ese tesoro invaluable (la familia), incalculable, nos ha hecho mantenernos firmes, alegres en el espíritu de Dios, en la fe, en la creencia de que todas maneras nos volveremos a encontrar más adelante.

Ese día del atentado fue un jueves, lo recuerdo muy bien, vivía en Tarata y salí por azares del destino unos momentos antes. Era mi domicilio y tenía dos consultorios dentales. Una hora antes del atentado, puedo confirmar que había casi veinte personas presentes en el consultorio, entre pacientes, familiares de los pacientes, personal del laboratorio, mi personal administrativo. Sumábamos casi veinte personas y Dios quiso que no estuviéramos las veinte personas en el momento del atentado. Al ocurrir el atentado, yo regresé al sitio donde pensé que había sido el atentado. Por distorsión del sonido, juraba que había sido por otro lado, pero conforme me iba acercando, me percaté de que el lugar del atentado había sido en la calle donde tenía mi consultorio, en la calle Tarata.

Inicialmente, al mirar el edificio, no pude reconocerlo. La fachada del edificio Tarata, en el cual tenía mi consultorio, estaba totalmente irreconocible, al punto de que al mirarlo pensé que estaba en la calle anterior; en Shell. Pero al percatarme de que, al lado izquierdo de mi vista había un estacionamiento que colindaba con mi edificio, pude

---

<sup>1</sup>Nació en Lima, Miraflores en 1965. Está inscrito en el Registro Único de Víctimas.

darme cuenta de que era el edificio en el cual yo vivía y tenía el consultorio, lo podía reconocer.

Al reconocer el cuarto piso, donde teníamos nuestro consultorio, lo único que se me vino a la cabeza fue decir: «¡Dios mío! ¡Gracias a Dios, acabo de nacer!». En ese momento, no me invadió la desesperación, ni la depresión, solo dije: «Bueno, mañana comienzo de nuevo. Este consultorio será mejor, será motivo para modernizar muchas cosas que quería hacer y que no las hacía. En ese momento llega mi otro hermano, me encuentra y me dice: «Hermano, ¿estás bien?, ¿estás bien?, ¿estás sano?». «Sí, estoy bien. ¿Tú estás bien?», le digo. «Sí, también estoy bien. ¿Y dónde está Pedro?».

No nos olvidemos que hace diez años atrás, Lima vivía una guerra no convencional pues aunque no viéramos militares uniformados en la calle peleándose contra otros militares no quería decir que no estábamos viviendo una guerra los limeños y el Perú en general. En provincias, en todas partes, escuchaban asesinatos a diario. Era una guerra, era un cáncer que estaba matando muchas vidas inocentes. Fue en ese momento que mi hermano me pregunta por Pedro, y le digo: «Seguramente debe estar por llegar». Porque él tenía la particularidad de que donde había un atentado, un problema, acudía inmediatamente, presto, de donde estaba, a ayudar a levantar heridos, a sacar escombros, apagar incendios y en más de una oportunidad llegaba a la casa, contándonos lo que había hecho. En más de una oportunidad ayudó a alguien que se quería suicidar del puente Miraflores, [hacía] estas cosas porque tenía una forma de ser muy altruista, muy sensible ante el dolor ajeno.

Entonces, cuando me preguntaron por mi hermano Pedro [dije]: «Seguramente no debe tardar en llegar. Ahorita lo vas a poder ver, metiéndose a ayudar a la gente, a sacar a la gente». Entonces mi hermano dice: «No, Alvi,, Pedro estaba en el consultorio cuando te fuiste, debe estar adentro». Ahí, sí se me cerró el cielo realmente y subí a buscar a mi hermano. En el trayecto del edificio, al subir, me pude encontrar con los vecinos que vivían en el edificio, las personas con las que convivíamos, que conocíamos del saludo de todos los días. Muchos de ellos, por no decir todos, bajaban con los oídos con sangre, con la nariz con sangre, con heridas en la cara. Todos tenían algún tipo de lesión, definitivamente no pude ver una persona en estado totalmente normal. En el trayecto también pude ver cadáveres mutilados, pude ver escenas que realmente me hacían pensar que estábamos viviendo una guerra.

Soy testigo de excepción, realmente fue una experiencia muy fuerte, muy dura, pero que al mismo tiempo me sirvió bastante porque creo que nosotros los peruanos, no somos malas personas. Creo que podemos tener la oportunidad de levantarnos de podernos decir, no hace falta que tengamos un bien económico, un bien material para decir que tenemos la felicidad. A veces la felicidad la tenemos todos los días, todo el tiempo y, sin embargo, no la saboreamos. El simple hecho de dar un beso a un padre, a una madre, a un hermano, a un hijo, a una esposa: ese es un regalo que a veces, tienen que pasar tragedias para que digamos: «Caramba, ¿por qué no le dije que lo quería?, ¿por qué no podía haber sido más cariñoso?, ¿por qué no trabajé un poquito más por ella o por ellos?».

En fin. Eso realmente sirvió en la familia para darnos cuenta. Aunque lo sabíamos porque nuestros padres nos lo inculcaron desde muy chicos: el amor al trabajo, el respeto y la fe. Son valores que realmente nos han enriquecido como familia, pero a raíz del

atentado de Tarata. Dios sabe por qué le tocó a Pedrito irse primero, pero estamos seguros de que ha servido bastante porque nos dimos cuenta de que realmente teníamos un tesoro en la familia, una *Tinka* en nosotros mismos, entre nuestros seres queridos, entre nuestros amigos.

Como familia, nos dimos cuenta de que Pedro había cultivado, mucha amistad, tenía muchas ansias de querer cultivar el amor con su prójimo, con sus amigos incluso con gente desconocida. Nos dimos cuenta de que a pesar de todo no era mala suerte lo que nos había sucedido.

Trato de ver positivamente lo que nos pasó. Mi familia y yo no recibimos nada de parte del Estado o de los gobiernos para poder solucionar el problema. Al día siguiente del atentado vinieron a mi casa tres colegas y me dieron sus llaves de sus consultorios y me dijeron: «Oswaldo, tú puedes empezar a trabajar cuando tú quieras en nuestros consultorios». Un grupo de amigos de mi hermano, de Felipe, *Fito*, vino con un sobre cerrado a los pocos días habían juntado dinero entre ellos. Una suma que llegaba casi a mil dólares en esa época. Nunca supe quién me lo dio.

Con esos mil dólares, pude recuperar algo del material y del equipo que había perdido. Mi sillón dental lo tuve que llevar a reparar al taller de planchado y pintura automotriz y meterlo como un carro chocado. De los dos sillones, uno lo pude recuperar. El otro hasta ahora no lo recupero y sigo trabajando con el que tengo porque le he agarrado cariño, porque me doy cuenta de que gracias a él, he podido cumplir muchas metas en mi vida y si Dios quiere las seguiré cumpliendo. Entonces, me di cuenta de que, definitivamente, la solución no está en que yo espere la ayuda de los demás: la solución está en que quiera ayudarme a mí mismo y ayudar a los demás. Porque cuanto más pueda ayudar, voy a recibir más ayuda. Ahora, me siento contento mirando atrás y pensando que Dios es sabio, y sabe por qué hace las cosas. Sufrimos mucho, hemos llorado juntos, pero al mismo tiempo nos hemos fortalecido, nos sentimos cada vez más fuertes como familia, y como peruanos.

Tuvimos el ofrecimiento de la embajada de Canadá para poder como irnos a ese país como asilados políticos, y por un acuerdo de familia decidimos quedarnos. Decidimos permanecer en nuestro Perú porque sabemos que, en nuestra patria, somos más, y definitivamente no podemos terminar influenciados por un grupo pequeño y minoritario. Lo que quisiera decirle a esta Comisión es que sería importante seleccionar e individualizar a las personas que realmente necesitan un apoyo sobre todo psicológico. Hay muchas personas que actualmente, a pesar de que ha pasado el tiempo, necesitan de un apoyo psicológico, un apoyo médico, un apoyo hasta material.

Muchas personas no se han podido levantar hasta ahora, tuvieron que dejar su tierra y venirse a la capital o irse a otro sitio y siguen igual o peor que antes. Si regresan a su tierra es como que si tuvieran que comenzar de nuevo. Sería interesante que pudiéramos tener un mecanismo para poder censar y recuperar realmente a esos héroes anónimos, porque ellos fueron soldados de la patria, en esa época. Ellos enfrentaron al terrorismo, se enfrentaron al enemigo no convencional que estaba dentro del país. Indudablemente, ellos necesitan apoyo. Que el Gobierno identifique sus necesidades.

Hay mucha gente que, hasta ahora, sigue llorando. Ya no lloran por las pérdidas de los familiares, porque uno con el tiempo va aprendiendo a llevar esa ausencia. Van llorando su pobreza, su miseria, su falta de cultura, su falta de oportunidades para el trabajo. Creo que ese grupo de personas, dentro de la categorización que se pudiera proponer, deberían tener beneficios porque se lo merecen. Ellos en esa época fueron soldados de la patria, dieron su vida, por no dar su brazo a torcer cuando venía el enemigo interno a quererlos dominar.

Finalmente, nosotros en Tarata, fuimos veinticinco familias que quedamos en luto, veinticinco personas perdieron la vida. Sin embargo, sabemos que no somos los únicos hubo otras matanzas donde se registraron más víctimas, más muertes en cuanto a número. Estamos seguros de que Tarata no fue lo peor que se vivió en el país. Lo que nosotros pasamos como afectados, como familiares de deudos en Tarata, a lo mejor no ha sido nada en comparación a lo que en otras partes recónditas del país ha pasado. Tal vez yo no debería estar aquí brindando este testimonio, sino estarían otras personas en mi lugar. Pero, Dios ha querido que así sea y he tratado de ser lo más justo y tener la memoria lo más amplia posible, fresca para poderme acordar de todas estas cosas, que durante todo este tiempo realmente nunca las pude comentar tan abiertamente, tan sinceramente y tan verazmente como lo estoy haciendo el día de hoy gracias a esta Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Les quiero agradecer, los quiero felicitar. Asimismo, hacer un llamado a todos nuestros hermanos peruanos que se encuentran acá y a los que encuentran fuera del país. Se fueron porque realmente acá la situación era compleja. No creo que podamos solucionar este problema ahora, tal vez a mediano plazo. Los peruanos seremos grandes cuando sepamos que nuestra familia es lo importante, ahí debemos fortalecer nuestros valores para que, nosotros y nuestros hijos podamos sacar adelante a nuestro país y encontrar la mejor solución a las discrepancias que puedan existir y poder llegar a consensos que fortalezcan la democracia.

Soy una persona optimista, creo que son más las cosas que podemos disfrutar en la vida y no dejarnos avasallar por personas y por hechos que realmente tratan de menoscabar nuestra vida y hacerla menos. Muchas gracias.

#### **Doctor Carlos Iván Degregori Caso**

Les reiteramos nuestro agradecimiento por compartir con nosotros recuerdos tan dolorosos. Si bien toda violencia y toda muerte son repudiables, ustedes, fueron víctimas de una de las formas más odiosas y repudiables de violencia: el terrorismo aleatorio y masivo contra civiles indefensos. Sin embargo, el atentado de Tarata catalizó la conciencia de la población limeña sobre la necesidad de decirle «Basta» a la violencia. Confiamos en que hoy, diez años después, vuestro testimonio y vuestro mensaje de autoafirmación, de esperanza, de solidaridad con las víctimas más pobres, de fe religiosa, reafirme esta voluntad nacional de paz y contribuya a avanzar en el camino de la reconciliación nacional, que es nuestro objetivo final. Muchas gracias.

#### **Oswaldo Cava Arangoitia y señor Oswaldo Cava Gárate**

Muchas gracias.